



# EL CULTO DE MARIA

POR EL ILMO. SR. D. GREGORIO ALASTRUEY

Cauónigo Archivero  
de la Santa Iglesia Metropolitana de Valladolid

MARIA en el culto cristiano tiene un puesto luminoso y magnífico. Tan humilde y escondido a los ojos del mundo en su vida mortal, brilla ahora con resplandores inmensos en el firmamento de la Historia.

Entrada en la sede inmortal con su Asunción gloriosa en cuerpo y alma, no sólo triunfa en el cielo, donde tiene su trono inmediatamente después del de Cristo Nuestro Señor, sino que también de su gloria está llena la tierra. Reina de los Angeles y de los Santos en la patria bienaventurada, es también Señora de las mentes y de los corazones de los hombres que todavía peregrinan en este valle de lágrimas, desde donde elevan hasta Ella sus súplicas y sus alabanzas.

La profecía que María hizo de sí misma en su visita a Santa Isabel, profecía que en aquella sazón hubiera parecido juvenil ingenuidad al mundo ignorante de los designios divinos, se ha puntualmente cumplido al pie de la letra: *Todas las gentes me llamarán bienaventurada.*

Y, en efecto, sus alabanzas no conocen interrupción. Todos los días, tres veces al día, en toda la Catolicidad suenan las campanas

para invitar a trescientos millones de fieles a honrar a María, recordando el misterio de su divina Maternidad y su participación en la obra de nuestra Redención.

Más todavía, no pasa hora ni minuto en que su nombre no sea invocado con fe y con amor. En su honor se levantan sin número de santuarios y templos grandiosos, y para sus altares son los mármoles más trabajados y más ricos, los metales más preciosos y las flores más perfumadas.

A María acuden con confianza gentes de todos los estados y de todas las edades. Con el pensamiento de María se alborozan el niño, se entusiasma el joven y se llena de coraje el soldado.

Con la invocación de su nombre se hacen puros los corazones, se templan los odios, se enjuga el llanto, renace la confianza y se iluminan con nueva luz los caminos de la vida.

De María se profesan devotos los reyes y los vasallos, la humilde mujercilla del pueblo y las altas damas aristocráticas. Ante María se juntan las manos que manejan la pluma y el arado, la espada y el código, el remo y el volante. Ella es la confianza del